

Reflexiones de Ricardo Núñez al decidir no repostularse al Senado

Al finalizar el actual período legislativo habré completado 20 años como senador de la República. He representado en este tiempo a la región de Atacama, de la cual me siento profundamente comprometido y agradecido por el apoyo que me ha brindado en cada una de las elecciones en que he participado. En las elecciones realizadas el 2001 fui el senador más votado de la Concertación.

He aportado para hacer de Atacama una región más próspera y con mayor justicia social. La evaluación final de mi gestión no me corresponde hacerla a mí, sino que la dejo al discernimiento y juicio de los ciudadanos de la región.

Al completar este período como senador he decidido no postularme nuevamente. Me siento con la fuerza y con el apoyo suficiente para hacerlo, pues nunca he temido a los desafíos electorales, ni al interior de mi partido ni frente a la ciudadanía. Sin embargo, creo haber concluido un ciclo como parlamentario, y que aún puedo impulsar mis ideas y valores de siempre desde otros espacios y roles dentro de la política chilena.

Al dar a conocer esta decisión, quisiera compartir algunas reflexiones políticas, y algunas preocupaciones y propuestas. Las hago con espíritu constructivo en tanto no he sido un mero espectador sino un actor del proceso vivido por el país en las últimas décadas.

Desde luego creo que el proceso histórico de transición a la democracia desembocó en un sistema político y en una forma de convivencia que no era la que queríamos.

Es claro que estamos al final del proceso de transición a la democracia. Dicha transición ha sido básicamente exitosa. Cientistas políticos de todas las latitudes estudian con detención el proceso vivido por Chile. Más allá de una reflexión meramente académica, sostengo que nuestra democracia tiene tales falencias y vacíos aun no resueltos que muchos sentimos que ésta no ha sido capaz de llenar las aspiraciones que nos movieron y por las cuales luchamos.

En efecto, y si bien hoy el país goza de un clima de libertad política indiscutible y ha progresado en diversos sentidos, nuestra institucionalidad se ha ido peligrosamente debilitando: la representación política se ha hecho más precaria, se mantienen diversas formas de exclusión, y lo que es más grave, nuestra institucionalidad política se encuentra bloqueada para su propia reforma y perfeccionamiento.

Constato diversos signos de descomposición de nuestro sistema de convivencia, que junto con una creciente desafección y malestar ciudadano hacia la actividad política, particularmente de los más jóvenes ha generado un ambiente donde el desinterés por los asuntos cívicos tiende a acentuarse. Percibo, además, un creciente deterioro ético y moral en las conductas políticas, y un peligroso individualismo, que antepone intereses y proyectos personales a las necesidades y anhelos de los ciudadanos, y a la construcción de proyectos colectivos de país.

La estructura política prevaleciente, así como las funciones que desarrollan cada una de sus partes no genera mayorías y minorías nítidas, sino que tiende al “empate político” al

interior de las instituciones representativas, especialmente en el Parlamento. Ello le ha otorgado una capacidad de veto a la oposición, lo que ha obligado a recortar cada vez más las aspiraciones y visiones progresistas. Esta lógica, a veces suplida por acuerdos transversales, no es propia de una democracia plena y normalizada, donde se debe acatar la voluntad de la mayoría sin cortapisas. Al parecer, tenemos en el subconsciente colectivo un cierto temor a la confrontación de ideas o de propuestas de país. Temor tal vez que se explica por el desenlace violento de 1973. No excluyo, sin embargo, la búsqueda de acuerdos nacionales que involucren al conjunto de los actores políticos del país cuando se trata de materias específicas que digan relación con aspectos sustantivos y básicos de la nación chilena.

No cabe duda que en nuestro sistema democrático existe un nudo institucional muy difícil de desatar, y que puede conducir a una crisis de legitimidad del mismo en el corto o mediano plazo, y al surgimiento, en dicho contexto, de fórmulas caudillistas y populistas, que significarían un retroceso para la democracia chilena. Parte de eso, ya se observa, a mi juicio, en el actual escenario político.

Por lo anterior, tengo la impresión que estas alternativas a las cuales han recurrido varios países del continente pueden materializarse en nuestra realidad si los partidos políticos no asumen el rol preponderante que tienen en toda democracia. En el fondo, pienso que los partidos políticos chilenos, más allá de los alineamientos en que éstos se encuentran actualmente, están un paso atrás de las nuevas realidades surgidas en el país, a propósito del avance y progreso que experimentara nuestra propia transición. A diferencia del rol significativo que éstos jugaban en el pasado, éstos han devenido en instrumentos o medios carentes de la capacidad para educar a los ciudadanos en todos los valores que le son propios al modo de vida que se constituye en torno a los principios democráticos. Los partidos políticos no son hoy un espejo en el cual mirarse para ayudar al perfeccionamiento y enriquecimiento de la vida democrática.

Avanzar hacia la conformación de regiones con identidad e institucionalidad propia es una tarea esencial.

Se me ha preguntado insistentemente cuáles son los temas en los que me he comprometido con mayor pasión y que sin embargo no han avanzado.

Uno de ellos, he contestado invariablemente, es aquel referido a la regionalización y descentralización de Chile. Como senador y político, tengo el convencimiento más profundo que avanzar hacia la conformación de regiones con identidad e institucionalidad propia es una tarea esencial para que el país logre dar un salto al desarrollo sustentable que involucre a todos los chilenos y al conjunto del territorio nacional.

La descentralización política, administrativa y cultural del país, no implica la creación de un Estado federal, como algunos lo sostienen, incluyendo gente proveniente del mundo progresista, sino simplemente la transformación paulatina de un Estado altamente centralista proclive a visiones autoritarias para entender la vida pública.

En este tema no sólo no ha existido voluntad de la derecha, sino tampoco de la Concertación e incluso de la izquierda. Muchas veces ha predominado el cálculo menor, como ha quedado en evidencia en la reciente discusión del proyecto de reforma

constitucional para la elección directa de los consejeros regionales. Me temo que persisten, en sectores de izquierda, fuertes resabios de concepciones centralistas y autoritarias, que ya debieran ser parte del pasado.

Hacia el futuro pienso continuar dando esta batalla desde los nuevos espacios de mi inserción y participación política.

La crisis económica internacional debiera significar la definitiva superación del paradigma neoliberal.

Por cierto, la crisis económica internacional es otra de mis preocupaciones.

La profunda crisis en que ha entrado la economía mundial, producto de la debacle del sistema financiero internacional, ha puesto de manifiesto la necesidad de que las fuerzas socialistas sigan reconociéndose y actuando como fuerzas críticas al capitalismo. Lo que aquí ha ocurrido dice relación no sólo con la codicia de unos pocos, sino con la lógica profunda del sistema.

En lo más inmediato se debe construir una mirada y una solución progresista a la crisis de la globalización neoliberal expresada no sólo en la debacle económica en curso sino también en fenómenos como el cambio climático y la falta de sustentabilidad medioambiental y energética del actual modelo de desarrollo capitalista.

El pasado 10 de enero, el Instituto Igualdad que yo presido y las fundaciones Ideas (España) y Trabajo y Sociedad de la FTC, organizaron un seminario sobre cambio climático y desafíos energéticos. En el encuentro quedó en evidencia que estos temas no forman parte aun de las preocupaciones esenciales de los partidos de la izquierda. Soy un convencido que estos temas son una oportunidad y un desafío para el movimiento socialista y socialdemócrata internacional, y desde el cual los socialistas chilenos deberíamos actuar y proponer nuevas visiones y estrategias.

Hacia un nuevo momento constitucional.

La Constitución que nos ha regido durante este período, aun con todas las reformas que se le han introducido, no expresa a cabalidad el alma nacional. En ella no se sienten expresados todos y cada uno de los chilenos. Por ello comparto la propuesta según la cual Chile requiere elaborar una nueva Constitución en que todo nos veamos reflejados e interpretados. Como lo han venido señalando diversos líderes e intelectuales, con especial énfasis el senador Eduardo Frei, Chile debe construir las bases sobre las cuales se genere un gran consenso nacional a fin de dotar al país de una Constitución efectivamente representativa, moderna y más democrática.

Independientemente del resultado de las elecciones parlamentarias y presidenciales que se verificarán durante el presente año, las fuerzas progresistas deben abocarse a la tarea pendiente que supone la nueva institucionalidad que el país requiere para avanzar con sentido de igualdad y equidad en la actual etapa histórica que se encuentra el país.

Desde luego, se requiere una nueva institucionalidad que ponga fin a todas las exclusiones que hoy perviven; que consagre un nuevo trato entre el centro y las

regiones, dando efectiva autonomía y poder a ellas; que remueva los obstáculos que impiden un mayor protagonismo del Estado en materias económicas y productivas; que reafirme los derechos económicos, sociales y culturales de los chilenos y chilenas y el deber del Estado de protegerlos y asegurarlos. Igualmente, ese nuevo orden institucional debe generar las bases para un régimen semi presidencial que reequilibre los poderes del Estado. Esto pues el presidencialismo exacerbado de nuestro régimen político es un peligroso obstáculo al despliegue de todas las capacidades de autogobierno y protagonismo de la sociedad civil en los más diversos ámbitos del quehacer nacional.

Sólo esta refundación constitucional del país, permitirá a éste enfrentar el creciente deterioro de su sistema democrático, y dar un sentido de futuro a las tareas de construir una sociedad desarrollada con justicia y cohesión social.

La tarea pendiente de la construcción de una fuerza socialdemócrata en Chile y el entendimiento estratégico entre la izquierda socialista y la Democracia Cristiana.

El camino abierto con la creación de la Concertación de Partidos por la Democracia, debe ser reafirmado, pero se debe avanzar hacia la superación positiva de ésta en la perspectiva de generar un nuevo referente amplio del progresismo chileno, que de cuenta del estadio de desarrollo por el que atraviesa el país.

En ese marco es fundamental poner como objetivo la construcción de una fuerza socialdemócrata en Chile y recrear con sentido estratégico el entendimiento entre la izquierda socialista y el mundo cultural y político que representa la Democracia Cristiana.

En efecto, una tarea pendiente de estos años ha sido la unificación de las fuerzas socialistas en una sola organización. No ha existido lamentablemente la voluntad de impulsar un gran partido socialista en Chile, con vocación de mayoría. Desgraciadamente han existido liderazgos relevantes y organizaciones políticas que no han hecho suyo este esfuerzo con la voluntad que se requiere.

En la próxima etapa, quisiera dedicar parte de mis energías políticas a esta tarea, llevando adelante un debate de ideas y persuadiendo de la necesidad de unificar al socialismo democrático en una sola gran expresión política. En este sentido, el PS debe reabrir este diálogo, particularmente con el PPD y el PRSD, y más ampliamente debe ser capaz de convocar a un gran movimiento social y político en esta perspectiva. Para ello se requiere un Partido Socialista abierto y dialogante, no ensimismado y reconcentrado en sus querellas internas, sino atento a los nuevos procesos culturales y sociales que han venido ocurriendo en la sociedad chilena.

Este esfuerzo deberá ir unido de la mano de la necesaria renovación y profundización de los acuerdos entre los socialistas y demócratacristianos. El dramático quiebre de la democracia chilena en el año 73, ha constituido un duro aprendizaje histórico. Ello hace necesario construir un entendimiento de largo plazo entre el centro y la izquierda chilena para asegurar un proyecto de mayorías para las ideas de progreso social.

No veo otra alternativa para la izquierda y el progresismo chileno. Todo intento nostálgico de recrear alianzas políticas de izquierda que prescindan de la vertiente social

cristiana está condenado a repetir errores del pasado y dejar abierto el camino a un populismo de derecha, como el que se atisba en el horizonte político nacional.

El Partido Socialista debe repensar su proyecto político, su forma de organización y relanzar un amplio proceso de unidad y renovación.

En este cuadro soy un convencido que el Partido Socialista, en el cual he militado ininterrumpidamente, por más de 50 años, debe repensar su proyecto político, su forma de organización y relanzar un amplio proceso de unidad y renovación.

Me preocupa el actual estado del Partido Socialista. Aunque no comparto en absoluto las razones esgrimidas por algunos dirigentes para justificar el alejamiento de sus filas, tal como ocurriera con el ex presidente del PS Jorge Arrate y del senador Alejandro Navarro, me preocupan las consecuencias que estas decisiones puedan tener para el socialismo chileno.

Nos costó mucho a fines de los años 80 reconstruir la unidad del Partido Socialista. Ello nos obliga a todos a generar una mayor capacidad de diálogo y de establecer mecanismos de procesamiento de las legítimas diferencias internas que puedan existir.

El alineamiento tendencial exacerbado que se ha observado en el partido en los últimos años, debe ser superado urgentemente. Este modo de hacer política debilita la institucionalidad partidaria, empobrece el debate interno y da paso a conductas individualistas que no respetan las decisiones y proyectos colectivos. Esto ha quedado en evidencia de manera dramática en las últimas elecciones municipales y me temo que ello se profundice en el futuro. Cuando voluntariamente asumimos la condición de militantes de un partido debemos entender que ello significa asumir sus normas internas, especialmente aquellas de carácter disciplinario.

Por lo anterior, el partido Socialista debe abrir su organización, crear espacios amplios de participación y debate, y repensar su proyecto histórico como fuerza socialista crítica, democrática, laica, humanista, representativa de los “trabajadores manuales e intelectuales”, abierto a las nuevas temáticas y desafíos de la economía global, del medio ambiente, de la igualdad. Todo ello, tras la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo, alternativo al capitalismo neoliberal y neoconservador hoy existente.

Contribuir a este nuevo momento de la actualización y renovación de las ideas socialistas y progresistas en nuestro país, espero dedicarme en la próxima etapa.

Palabras finales.

Como lo dije al inicio de estas breves reflexiones culminaré mi ciclo como Senador de la República en un año más. Estoy cierto que lo haré con la conciencia tranquila por haber aportado al parlamento todo mi esfuerzo político e intelectual. Estoy convencido que aquel, además de elaborar leyes es un buen espacio para el diálogo constructivo entre sus miembros. Así mismo, me he empeñado en hacer avanzar los principios e ideas socialistas en todas las materias legislativas que tuve ocasión de conocer y proponer.

Los valores republicanos que se expresan en el Parlamento deben preservarse pues ese es el espacio, por definición, en el cual se refleja la pluralidad y diversidad de nuestra sociedad. Es en él donde se debe dar la lucha por legislaciones que representen las concepciones progresistas y de avanzada. Ese ha sido mi empeño durante estos años. Hemos alcanzado logros y avances a favor del país y de los sectores más postergados de nuestra sociedad. Por cierto, siento que queda mucho camino por andar.

Cuando concluya mi mandato espero cumplir otras tareas. Lo haré con la firme voluntad de contribuir a renovar nuestras ideas. De igual modo, aspiro a ser un factor de unidad de las fuerzas socialistas y progresistas de nuestro país y generar con ello un movimiento por los cambios en este nuevo ciclo político-histórico que se ha abierto en Chile.

Ricardo Núñez Muñoz
Senador de la República

13 de marzo de 2009.